

Premura.

Ya había pasado más de un mes desde la muerte de mi mamá, y eso de vender dulces en Transmilenio no estaba muy bueno. Gracias a Dios teníamos ese ranchito en el Divino niño, ahí en ciudad Bolívar, porque lo de los dulces a duras penas nos daba para que comiéramos mi abuela, mis hermanos y yo; no sé qué hubiéramos hecho si hubiéramos tenido que pagar arriendo. Si bien no tuvimos que pagar nada en el hospital, por los gastos médicos y todo eso, si teníamos una deuda con la funeraria por lo del entierro, así que sí o sí debía conseguir un trabajo mejor.

No era fácil intentar tomar las riendas de la casa y hacerme cargo, no podía sentarme a llorar por mi mamá, debía madurar y portar seriedad. Faltaban como dos meses para que cumpliera trece años y ya tenía más responsabilidades que quién sabe qué. Y sí, esas responsabilidades eran mías, no podía esperar que alguien respondiera por nosotros; estaba a cargo de mi abuela, de Sarah y de Daniel. Así que mientras seguía vendiendo mis dulces rogaba porque me saliera un camellito. Mi abuela me decía, cuando me veía desesperado, que me calmara, que Dios siempre tiene el control, que todo iba a estar bien porque la virgencita nunca nos desampara. Yo intentaba creerle, pero el pan de cada día parecía ser hambre, los zapatos no se pueden remontar más de tres veces y la ropa por más que se cosa se acaba, las deudas no dan tregua y la vida cada vez se vuelve más miserable, así que no era fácil creer en la bondad de Dios.

Sin embargo, las cosas empezaron a cambiar desde ese martes en el que mi abuela me dijo: “Mijo le tengo buenas noticias”. Resulta que había estado hablando con Don Leonardo, el marido de la señora de la tiendita de la esquina, y él le había dicho que estaba necesitando un ayudante de obra para un trabajo que tenía que hacer en Candelaria la nueva, cerca de una universidad que hay por ahí. A lo cual ella, muy entusiasmada, le había contestado que yo estaba disponible y con toda la actitud para trabajar. Me iba a pagar a veinte mil el día y me daba el almuerzo. Al otro día debía estar a las seis y media de la mañana en la casa de él para salir de ahí en la moto y llegar a las siete a trabajar.

¡Carajo! qué felicidad. Bueno, mañana es miércoles, trabajo miércoles, jueves, viernes y sábado, ahí son... son como... como noventa mil pesitos ¡Uy Dios Santo! con eso hacemos un buen mercado, pensé en ese momento.

La emoción no me dejó dormir, como a las tres de la mañana me desperté pensando que ya me tenía que ir; me resulté levantando a las cuatro y media a alistarme, sentía que todo estaba empezando a cambiar; que la suerte que me había tocado vivir se estaba dispersando como la neblina se despoja de su esencia con la luz; que yo era ahora el objeto consentido de Dios, que se había acordado de mí, porque es que ha de andar tan ocupado en tantas cosas que por un momento me pasé de sus prioridades, porque seguramente se acuerda de los que son buenos, de los que dan limosna, de los que están en la iglesia. Y yo bueno no soy, no doy limosna y odio la iglesia, pero se había acordado de mí, eso era lo importante.

Cuando llegamos a la casa en la que íbamos a trabajar, don Leonardo me presentó con Doña Mireya, la dueña de la casa; una señora como de unos sesenta años, y digo que tenía esa edad por las arrugas a los lados de sus ojos, las mejillas caídas y la piel flácida y delgada de sus manos. Claro que no aparentaba esa edad, se veía muy bien conservada, o algo así hubiera dicho mi mamá. Creo que la primera impresión que daba al verla era de esa ternura que solo un puñado de personas tiene y que los años no le habían podido quitar. Además de ser muy amable, y de tener una apariencia muy apacible, se veía muy devota, su casa estaba llena de cuadros con citas bíblicas e imágenes de santos.

La estrechez de su mano cálida al saludarme fue algo que no había experimentado hasta ese momento, sus ojos se llenaron de alegría al ver que yo era tan solo un niño, pero inmediatamente se conmovieron cuando Don Leonardo le mencionó que yo sería su ayudante; para ella, ese era un trabajo para hombres mayores y yo tan solo era un niño que debía estar estudiando. Luego de un gesto de compasión, me dijo que tuviera mucho cuidado. Después de ese extraño, pero amable saludo el maestro me mostró lo que íbamos a hacer. Luego de algunos días me enteré que su esposo había muerto en el ejército y que sus hijos vivían en el extranjero, y por ello, casi siempre estaba sola, a excepción de esos días en los que iba un grupo de amigas, o como se llamaban entre ellas “hermanas” a hablar de cosas de la iglesia y a rezar.

Trabajé hasta mediodía el sábado, y no me dieron los noventa mil que había creído que me darían, solo fueron setenta mil, sesenta de los tres días (miércoles, jueves y viernes) y diez mil del medio sábado. Yo no reproché nada, porque es que me habían dado el desayuno, y no era cualquier desayuno: chocolate, pan, huevos, ¡ah! y algunos días, arepita con queso y agua de panela, qué manjares tan exquisitos. Bueno, es que uno acostumbrado a no desayunar eso era un manjar. Y obviamente iba a saber exquisito comparado con toda la mierda que me había comido durante doce, perdón, casi trece años. Claramente los desayunos corrían por cuenta de Doña Mireya, el almuerzo si iba dentro de mi salario. Pero no importaba, nunca me habían tratado tan, pero tan bien. Si quería más arepitas, huevitos o chocolatico, solo era cuestión de decir.

A pesar de todas las atenciones esos días me mataron, llegaba a la casa rendido, con ganas de quedarme dormido y soñar para siempre. A todas estas ¿Será que los ricos, los que viven en el “Norte” también sueñan? Es que yo no tengo idea con qué podrán soñar los que no tienen que soñar, porque ya lo tienen todo, y se supone que uno sueña con lo que no posee; entonces los sueños son para los pobres, porque pobres son aquellos que albergan la esperanza de poseer algo que nunca tendrán, que nunca va a ser suyo, y que ilusamente viven para conseguirlo.

Bueno, no me deje divagar. Como le venía diciendo, la señora Mireya era un amor de persona, y se convirtió en esos pocos días en una segunda abuela, no digo primera porque ya tenía una, pero digo abuela porque me trataba como al nieto que nunca tuvo, o por lo menos yo creo que si hubiera tenido uno, lo hubiera tratado como a mí en esos días. Sus palabras eran dulces, tiernas, constantes, sin macula, sin mancha y sin interés. Siempre estaba ahí, preguntándome sobre mis hermanos, en

ocasiones hasta les mandaba dulces o frutas. Claro, no sin antes advertirme que no me las fuera a comer yo.

Ella se preocupaba por mí como quien se preocupa por el bienestar de un ser querido. No puedo mentir, en un principio fui cortante y reacio a las palabras de afecto, recuerdo que cuando me veía llegar los lunes, después del fin de semana se lanzaba a abrazarme cual nodriza a su pequeño ajeno, y yo le estiraba la mano para que solo me saludara de esa forma, no porque sintiera algún tipo de rechazo hacia ella, sino porque no estaba acostumbrado a esas muestras de cariño. Aun así, ella hacía caso omiso a mi distanciamiento abrazándome muy fuerte y susurrándome al oído que me había extrañado. Así que fui cediendo a las palabras dulces, me tendí cual cachorro para ser acariciado. Mientras para el resto del mundo seguía siendo ese perro callejero que nadie quiere, para ella no lo era. La ilusión de un buen vivir aparecía a la puerta. Me estaba haciendo acreedor de una oportunidad de vida, de cambio, y sentí que por fin alguien me quería.

Después de más de un mes, el trabajo de la obra terminó, el señor Leonardo me pagó los días de esa última semana y se despidió. La señora Mireya, ese sábado me pidió que me esperara un poquito, ya que me tenía un mercadito para que llevara. Entonces lo primero que pensé fue en que ya no tenía que comprar mercado y que podía gastar la plata de esa última semana en ropa para mis tortuguitas. Eso me llenó de emoción y agradecí mucho a Dios por tal bendición, y por supuesto, a mi “Ángel de la guarda” la señora Mireya.

Durante el habitual abrazo de despedida, que por obvias razones fue más especial, me dijo que me iba a extrañar y que me quería mucho, y aunque mis demostraciones de afecto habían sido pocas, por no decir que nulas hasta el momento, también le dije que la extrañaría, que también era una persona muy importante para mí, y que claramente, también la quería. Y aclaro, no lo dije solo por corresponderle, sino porque realmente así lo sentía. Me dijo entonces, con un tono triste, que no quería que me fuera, y también sentí tristeza, ya que tal vez no la volvería a ver. Así que seguido a ello me propuso que me fuera para la casa y volviera el lunes a visitarla a eso del mediodía para tenerme almuerzo, que si quería que viniera con mi abuela y mis hermanos. No pude y tampoco quise rechazar la oferta. De verdad quería pasar más tiempo con ella.

Así que llegué el lunes a medio día solo, mi abuela tuvo que trabajar y mis hermanos estudiaban en la tarde. Nos sentamos a almorzar y estuvimos hablando, le conté acerca del cáncer de mi mamá, del lugar en el que vivíamos, de lo que me gustaría hacer cuando fuera grande, y bueno, muchas cosas. Ella me habló de sus hijos y de cómo se había quedado sola, de sus quehaceres en la iglesia y de su vida de joven, por ello quedamos en ver su álbum de fotos al terminar de almorzar. Ella se sentó en la sala con el álbum en sus piernas, y yo seguía en el comedor aunque ya había acabado; me sentía muy tímido para ir a sentarme a su lado. Así que ella tuvo que llamarme, y cual borrego me acerqué a tan dulce mujer, que repito, veía como a mi abuela, pero que a diferencia de la mía, de la de sangre, tenía amor para mí.

Tímidamente me senté al lado suyo y ella, de una forma muy delicada me pidió que me recostara sobre sus piernas, que quería consentirme y así lo hice. Empezó a acariciarme, a pasar sus manos por mi cabello, a tocar mis mejillas y mis labios con el dorso de sus dedos, mientras me decía que yo era un niño muy lindo; que mis ojos brillaban de una forma muy bonita. Pasmado por la situación, entré en un letargo mental que me impedía moverme, no sabía qué estaba pasando, dentro de mí sentía asco cada vez que la yema de su pulgar pasaba por mis labios, pero al mismo tiempo se sentía bien. Cerré los ojos porque me daba pena y miedo, recuerdo que quería llorar pero no podía, algo más fuerte que yo me sometía, no era ella, pero había algo que me impedía, que me paralizaba.

Sus manos suaves pero decrepitas despertaban sensaciones físicas que no había sentido, un deseo lujurioso se empezó a apoderar de mí, pero por otra parte quería gritar, decirle que parara, que por favor no siguiera, que yo no quería eso, que si decía quererme me dejara ir. Sin embargo mi cuerpo y mi mente se desconectaron, le gritaba en silencio a mis brazos que la empujaran y a mis pies que corrieran, y ocurría lo contrario. En el instante en el que ella acercó sus labios a los míos no pude evitar sentir ganas de poseerlos, de tomarlos suavemente con los míos y adentrarme en su ser por su boca. Su respiración lenta y con indicios de asma, me hacían sentir estúpido, iba a besar y a estar por primera vez con una mujer con más de sesenta años, y no sabía si ella estaba abusando de mí o yo de ella.

Mis manos se empezaron a deslizar bajo su vestido por sus piernas, que a pesar de su edad aún estaban firmes. Excepto que esta señora no era de aquellas que la vanidad y el mundo moderno había tocado, así que se sentían vellos gruesos sobre sus muslos y entonces me detuve. Luego empezó a quitarme la ropa, vi cómo era arrancada de mi cuerpo la camisa, y digo arrancada porque hasta ahí no estaba seguro de que fuera mi voluntad quitármela; desabrochó mi pantalón, ese pantalón de drill que siempre me ponía, y luego... luego bajó mis bóxer, el resorte desgastado era testigo de la intromisión de alguien indeseado a la privacidad del ser, y aunque mi mente estaba indecisa, mi cuerpo estaba listo para la faena.

La vi a los ojos, y eran unos ojos llenos de pasión, la mirada del ser tierno había quedado oscurecida por el deseo de ser poseída y poseer. Empezó tocarme de tal forma que un escalofrío recorrió todo mi cuerpo, y entonces un animal aulló dentro de mí, la tomé de su cintura y la apreté contra mi cuerpo desnudo. Empecé a desnudarla con prisa, a arrancarle la ropa así como ella lo había hecho conmigo, con rabia pero con deseo, en son de venganza, pero con amor, entonces vi un cuerpo arrugado, unos senos caídos que habían amamantado personas que me doblaban en edad, un vientre marcado por dos cesáreas y lleno de evidencias de vida, y entonces percibí el olor de la vejez, un olor que parecía más un almizcle entre fluidos agrios y sudor de varios días, camuflado en un aroma a flores y cremas con fregancia a coco. Ya no podía volver a pensarlo, ya estaba dentro. Cuando terminé, lo primero que vi fue un crucifijo sobre sus viejos cerros.